

1

Con permiso, Coolman y yo

Imaginaos una calle tan empinada como una rampa de saltos de esquí y, al final de todo, un parque con un arroyo que se ve minúsculo desde aquí arriba.

¿Ya lo tenéis?

Estupendo.

Ahora imaginad un contenedor de basura. Uno de éstos con cuatro ruedas diminutas en la parte de abajo y lleno hasta los topes de vasitos de yogur sin enjuagar.

¿Lo veis? ¿Podéis oler el tufillo que suelta?

Vale, pues ahora pensad en un chico agazapado en él y cubierto hasta el cuello de envases malolientes, que grita aterrorizado, como un mono aullador en plena selva, porque el maldito sarcófago de plástico

no tiene frenos, y cada vez baja más y más rápido por la empinada calle.

¿Os lo podéis imaginar?

Muy bien, pues entonces ya me conocéis. Mi nombre es Kai y soy el chico que berrea de lo lindo dentro del contenedor. El camión que se me venía encima por la derecha ha conseguido frenar en el último segundo, pero el próximo cruce lo tengo ya delante de mis narices.

Hasta aquí lo habéis tenido fácil, pero ahora la cosa se complica porque no estoy solo en el contenedor.

Imaginaos a un tipo con capa y antifaz negro sentado a mi lado. El viento golpea su cara y parece estar disfrutando con la situación.

Para ponérselo un poquito más difícil, lleva una colorida trompetilla de plástico en la mano, por la que sopla como si fuera un trompetero del Sexto de Caballería frente a una horda de apaches en pleno ataque contra una tropa de colonos.





Permitidme que os lo presente. El tipo con la trompeta que tengo al lado responde al nombre de Coolman. Según nos explicó el año pasado nuestro profe de inglés, *cool*, además de 'frío', también significa 'guay'. Así que el chalado éste dice llamarse algo así como 'hombre guay'.

Me acompaña desde que cumplí los cuatro años. Pero sólo yo puedo verle. Para el resto de la gente es invisible, y casi mejor así. Ya es suficiente con que Coolman convierta mi vida en una sucesión de catastróficas catástrofes. Él es —¡oh!, ¡sorpresa, sorpresa!— el culpable de que me encuentre en este contenedor apestoso, dirigiéndome a toda pastilla hacia el final de mis días.

En realidad el día empezó muy bien. Un día bueno para mí es uno sin muchos sobresaltos y en el que Coolman se deja ver lo mínimo posible. En realidad, lo primero es consecuencia de lo segundo.

Esta mañana el día tenía tan buena pinta... El sol brillaba, yo no había hecho el ridículo en el colegio y

Coolman había estado la mar de discreto y tranquilo. A él no le gusta el colegio; a mí tampoco. Pero eso es lo único que tenemos en común.

Tres razones por las que a Coolman no le gusta el colegio:

1. No sabe multiplicar.
2. No sabe escribir.
3. Durante las clases no tengo tiempo para él.

Tres razones por las que a mí no me gusta el colegio:

1. Empieza demasiado pronto.
2. Dura demasiado.
3. Todavía no conozco a mucha gente porque hace poco que nos hemos mudado aquí.





De acuerdo, Coolman tiene razón. Con lo de la gente, no con lo de cuarenta y cinco. Efectivamente, aquí todavía no conozco a nadie; si no, no estaría metido en este estúpido contenedor. Si hubiese conocido a los dos chicos que estaban sentados en el parque enfrente del colegio, habría cerrado el pico cuando me han puesto la zancadilla. Simplemente me habría levantado y no habría dicho ni una palabra, salvo tal vez un: «Ay, perdón por haber tropezado con vuestros pies».



Mi mayor defecto es que hago demasiado caso a los consejos de Coolman.

—Cuando seáis mayores os dejaré que limpiéis mi Porsche—he acabado diciendo, porque lo del Ferrari me parecía un poquito exagerado.

¿Cómo iba a saber que esos dos eran los matones de la escuela? Unos tíos peligrosos a los que DE NINGUNA MANERA se les debe molestar con lindezas como ésta.

Os resumo lo que ha pasado después: me han cogido entre los dos, me han tirado de cabeza al contenedor de reciclaje y lo han empujado calle abajo. Eso no ha estado nada bien, pero bueno, tampoco era para preocuparse en exceso. Lo verdaderamente preocupante es que la escuela está justo encima de una montaña, y que ahora mismo la estoy bajando a velocidad de vértigo.

He sobrevivido al primer semáforo en rojo, pero ahí delante viene el siguiente, que también está en rojo. Con la suerte que me caracteriza, tampoco podía esperar haberlos pillado todos en verde. Al menos éste es el último semáforo. Más adelante está el parque y, si consigo llegar a él, las oportunidades de salir del contenedor con vida no serán tan pocas.

Poco a poco he descubierto cómo pilotar este cacharro: si me tiro con fuerza de una esquina a otra, el bólido

basurilla da un saltito hacia un lado. Y eso es justo lo que necesito ahora porque tengo que adelantar a un coche que está parado delante del semáforo. De puro milagro sólo rozo el parachoques y consigo adelantarlo en el último segundo. Cuando me pongo a la altura de las ruedas delanteras, me doy cuenta de que la señora Maier, mi profesora, es la que va al volante. Se queda mirándome fijamente como si acabara de ser adelantada por un elefante encima de unos esquis.



Pero, con la velocidad que llevo, no me da tiempo a decirle nada, sólo alcanzo a saludar con la mano. La señora Maier responde de la misma manera, supongo que por reflejo. Ahora que ya la he adelantado por completo, debo concentrarme en sobrevivir al último cruce.

La rueda delantera de la derecha empieza a soltarse, lo cual no me extraña porque estos trastos están diseñados para ser destruidos.

dos para desplazarse de su sitio habitual al camión de la basura y para nada más. No es, en absoluto, apropiado para correr carreras de Fórmula 1, y además tampoco veo por ningún sitio la entrada a boxes donde me puedan cambiar las ruedas.

Sin preocuparme demasiado por los problemas mecánicos, me lanzo contra las paredes del contenedor un par de veces para esquivar a los coches que atraviesan la calle en todas direcciones. Coolman intenta despejar el camino a fuerza de toques de trompeta. ¡Como si alguien pudiera oírlo! Sólo yo puedo oír los trompetazos, y el ruido al que Coolman llama música no ayuda en nada a calmar la situación. Todo lo contrario. Sobre todo si tenemos en cuenta que Coolman sólo afina rara vez y de casualidad.



A Coolman le encantan los chistes malos, pero ahora mismo no me importa lo más mínimo, ya que

acabamos de pasar el último cruce y todavía estoy vivo.
¡Hurra! ¡SIGO VIVO!

A partir de ahora no corro mucho peligro, ya que el parque está justo ahí delante y, con un poco de suerte, mi vehículo se parará lentamente sobre el césped.

Efectivamente, el contenedor va perdiendo fuerza una vez que entra en el parque. Me doy la vuelta y miro hacia la calle empinada que lleva a mi nuevo colegio. En mitad de los cruces todavía hay un par de coches cuyos desconcertados conductores no dan crédito a lo que acaban de ver. No me extrañaría nada que el 112 se colapsara durante las próximas horas con llamadas avisando de avistamientos de OVNIS.

El contenedor avanza poco a poco en dirección al lago. Una asquerosa y apestosa capa babosa cubre el agua debido a que aquí los patos viven más apretujados que en una granja avícola. De repente, «¡CRACK!», un ruidito se oye desde la derecha de la parte delantera. La rueda que andaba medio suelta se ha atrancado en la entrada de una madriguera y se ha despedido de nosotros para siempre. El resultado: el contenedor ha empezado a inclinarse a cámara lenta y ha vertido todo su contenido, es decir, los vasitos de yogur mostosos y yo, al agua verde de la charca.



—Ey, chavalín! ¡¿Qué haces ahí?! ¡¿Te has vuelto loco?! —me grita un jubilado con boina a cuadros y bolsa de pan duro en mano, mientras señala con el bastón los vasos de yogur que flotan en el agua—. ¡Ahora mismo recoges todo este desastre, chavalín! ¡Y arreando que es gerundio!

Sólo me atrevo a asentir con la cabeza, porque al viejo no se le ve un hombre lo suficientemente sensato como para poder discutir con él sobre la culpabilidad o inocencia de mis actos. Por suerte, el agua sólo me llega por las rodillas. Así que empiezo a chapotear por el fango y a recoger toda la basura que navega entre los patos.

El abuelete me observa sin decir una palabra, mientras Coolman me taladra el oído con la historia

de cuando extrajo toda la sal del Atlántico hasta dejarlo tan dulce como la limonada. Comparado con aquello, esto de quitar cuatro plásticos de aquí y de allá es poca cosa, me dice. Y no sirve de nada cerrar los ojos o taparte los oídos; ya lo he probado por lo menos un millón de veces y, aun así, Coolman no desaparece. No lo puedes apagar como a un televisor; él siempre se queda en *stand-by*.

En un cuarto de hora lo tengo todo recogido: toda la basura vuelve a estar en el contenedor, que he conseguido arrastrar hasta tierra firme con las últimas fuerzas que me quedaban. Pero tardo diez minutos más en averiguar de dónde viene el extraño sonido que no dejo de oír.

Sólo cuando vuelvo a vaciar por completo el contenedor, descubro a un esponjoso polluelo despistado que no consigue salir del sarcófago de plástico por sí solo. El viejo y su bastón siguen allí plantados sin mover ni un dedo. Seguro que en una vida anterior fue traficante de esclavos en una plantación de algodón. No es que yo crea en la reencarnación, pero si pienso en Coolman, algún delito debo de haber cometido en otra vida para que ahora se me castigue con su continua presencia. Probablemente fui Drácula, el Monstruo de Frankenstein o cualquier otro canalla.



Hecho polvo me arrastro hasta el césped y me dejo caer para secarme un poco al sol.

—¡Ey, chavalín! ¡Prohibido pisar el césped! ¡Y arreado que es gerundio! —me grita el traficante de esclavos reencarnado, señalando un trozo de hierba que no es más grande que una toalla—. ¡Allí delante sí que está permitido!

Cansado, me levanto y sigo la dirección que me marca su bastón.

Por fin, tranquilidad. Me acuesto de espaldas y me relajo bajo el sol. Incluso Coolman disfruta de los cálidos rayos en silencio.

En realidad, cuando cierra el pico no está tan mal. Coolman también tiene su lado positivo.

Cosas a su favor:

1. Nunca estoy solo.
2. ...
3. ...

Seguro que para los puntos dos y tres se me ocurre algo más tarde. Hasta que aquí no haga nuevos amigos, siempre me quedará Coolman para hablar. Eso ya es algo...



Bueno, casi siempre.

Pasados cinco minutos, un nubarrón gigante y negro se pone delante del sol y, al poco, empiezan a caer chuzos de punta. La lluvia cae sobre mí, pero me da igual porque de todos modos ya estaba totalmente empapado. Además, la tormenta también tiene su parte positiva: ya no necesito inventarme ninguna excusa para explicarles a mis padres por qué llego a casa calado hasta los huesos.